

Espigando libros ajenos,

en busca de un nombre: COLOMBIA

Escribe: DARIO ACHURI VALENZUELA

Moderadamente deseo contribuir con algunos descubrimientos serendípticos, hechos al correr de mis lecturas, de textos literarios de autores extranjeros, clásicos o contemporáneos, en los cuales se menciona a Colombia, a sus gentes, sus usos y costumbres, a su fauna o a sus riquezas naturales.

1. Daniel Samper Pizano publicó en "El Tiempo" del 24 de junio pasado, el soneto de don Luis de Góngora, en el cual el ilustre cordobés se sirve de las monas de Tolú para una comparación nada favorable con ciertas dueñas o doncellas que le fueron presentadas al poeta por cierta señora conquense. La clave de este soneto la da la edición de Hozes, de 1634, folio 17v., donde se lee esta introducción: "Soneto a una señora de Cuenca a quien llevó (Góngora) cartas de otras señoras de Córdoba, y le pagó el porte con hazer muestra de algunas donzellas muy feas". Este soneto puede leerse, no sólo en la edición citada por Samper, de Biruté Cipliauskaité, 1969 —que no conozco—, sino también en *Obras poéticas de don Luis de Góngora*, ed. de Foulché-Delbosc, t. II, New York, 1921, pág. 140 y en *Luis de Góngora y Argote, Obras Completas, recopilación, prólogo y notas de Juan Mille y Giménez e Isabel Mille y Giménez*, Madrid, ed. Aguilar, 1943, soneto No. 305, año 1609, pág. 487.

2. En la *Comedia del doctor Carlino*, el mismo Góngora pone en boca de este pseudo-médico, el siguiente parlamento:

"Y llegué a esta ciudad, donde
soy un galeno andaluz.
Sangro al tientto, y purgo al vuelo
sin tener método algún

como pescador de caña,
o tirador de arcabuz:
y tengo, gracias a Dios,
tanta dicha en dar salud
que mis primeras visitas
son vísperas del capuz.
Con los de mi facultad
soy un mico de Tolú,
que con monerías granjeo
amistad y gratitud".

(Góngora, ed. Foulché-Delbosc, cit. t. II, p. 140 y ed. Aguilar, cit., versos 423-436, pág. 729).

3. En la jornada segunda de *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, se lee:

"Don Juan. El barrio de Cantarranas,
¿tiene buena población?

Mota Ranas las más dellas son.

D. Juan ¿Y viven las dos hermanas?

Mota Y la mona de Tolú
de su madre Celestina
que les enseña dotrina".

(T. de Molina, *Comedias*, Clas. Cast. 2. 195-196).

4. El mismo autor en *El celoso prudente* trae el siguiente breve diálogo:

"—¿No es monazo?
—De Tolú".

(*Comedias de Tirso de Molina*, Riv. 5. 616¹).

5. Francisco de Rojas Zorrilla trae el siguiente parlamento en su comedia *Obligados y Ofendidos*:

"Que se levante (el estudiante)
a escuelas con atención,
—va luego (no miento, cierto)
que esta es su costumbre y su
maña, al "Mono de Tolú".

Nota: aquí parece que se trata de un bodegón, tasca o "cara-

manchel". Véanse *Comedias Escogidas de Rojas Zorrilla* (Riv. 54. 64¹).

6. Nuevamente Tirso de Molina trae a cuento la mona de Tolú en el siguiente terceto de su comedia *El Rey don Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas*:

"Parezcas colgado
mona de Tolú
los ojos opuestos al Norte y al Sur".

(*Comedias de Tirso de Molina*, ob. cit., Riv. 5. 603²).

7. El salmantino Diego de Torres Villarreal escribió el texto abajo citado en sus *Sueños morales, visiones y visitas de Torres* con don Francisco de Quevedo por Madrid:

"Ya habrás oído decir: lector a secas (que eso de discreto, ni te lo dije nunca, ni lo oirás de mi boca), que en uno de los reinos extranjeros se le puso a un tratante en la cabeza vender diablos, como si fueran guacamayas o *micas de Tolú*" (Ob. cit., 2, Clás. Cast. 161, Prólogo p. 9, 1. 10).

8. Aunque no de autor extranjero, sino del muy santaferense clérigo don Hernando Domínguez Camargo, las líneas que siguen merecen incluirse en esta breve antología de las "monas de Tolú" por hacer en ellas una comparación con un ejemplar masculino de la redicha fauna:

"Pues al desaguar corales en fuentes por plata surcada, no se borra para que se nos quede en el tintero; porque rapa a navaja los preñados al mar, dejando la barriga pegada al espinazo, como *mono de Tolú*...

(H.D.C., *Obras*, Public. Inst. Caro y Cuervo, XV, "Invectiva Apologética", 466).

9. Ahora, dando de lado a las "monas de Tolú", Lope de Vega nos cuenta cómo un locuaz corsario en menos de un año cayó en las redes de una "cheverísima" chica bogotana. Conviene advertir que en el texto citado, para no estropear la rima, el gentilicio Bogotá, debe considerarse como palabra grave y no aguda: "Bogóta". Habla el indiano don Juan:

"Pues estuve un año apenas
en Santafé de Bogota,
cuando una hermosa doncella
puso los ojos en mí.

Caséme por caballero:
¡bien hayan, amén, las tierras
adonde tienen valor.
más que el oro, la nobleza!"

O si no que lo digan nuestros neo-ricos emergentes y detergentes de toda clase de dólares tiznados y bisuntos.

(*Comedias escogidas de Lope de Vega*, "De cosario a cosario". (R. 41—).

La cita es tomada del libro de Américo Castro, *Cervantes y los casticismos españoles*, Madrid-Barcelona, Alfaguera, 1966, págs. 322-323. Castro, a su turno la tomó de Ricardo del Arco, *Obras Completas*, p. 768.

10. En el *Romance de Píramo y Tisbe*, don Luis de Góngora y Argote emplea el siguiente símil para describir la hemorragia provocada por Píramo al hundirse en el pecho su propia espada:

"Pródigo desató el hierro,
Si cruel, un largo flujo
De rubíes de Zeilán
Sobre esmeraldas de Muso (sic)".

(*Obras poéticas de don Luis de Góngora*, ed. cit. de Foulché-Delbosc, t. II, págs. 299-300 y Góngora, O. C., ed. Mille y Giménez cit., Madrid, Aguilar, 1944, pág. 166, versos 465-468).

Por cierto que don Bernardo Alemany y Selfa, catedrático de lengua y literatura latinas en la Universidad de Granada, en su *Vocabulario de las obras de don L. de G. y A.* pág. 670a, nos regala con la siguiente perla, o mejor, esmeralda definitoria: "*Muso sic*) m. Ciudad del Africa Austral en Cafrería". Menos mal que los hermanos Mille y Giménez aclaran en su edición, con ayuda de vecnio: "*Muso (nuevamente sic)* (verso 428, 'es una provincia en el Nuevo Reino de Granada". Hay allí "minas de esmeraldas" (Salazar y Mardones)". Un poco mejor informado el señor Salazar.

11. A propósito del pasaje que se lee en la primera parte, capítulo segundo del *Quijote*, y que dice así: "En esto de gigantes —respondió don Quijote— hay diferentes opiniones si los ha habido o no en el mundo...", comenta don Diego de Clemencín, uno de los primeros glosadores de tan famosa obra, que sí han existido tales gigantes, no solamente los muchos y muy nom-

brados en la antigüedad, sino también algunos de carne y hueso que realmente vivieron en los últimos cinco siglos, tales como don Pedro de Portugal, Conde de Buelnos, cuyo esqueleto, desenterrado en 1634, midió casi once palmas y medio de estatura. Don José Pellicar de Salas, anotador del Polifemo de Góngora, dice haber conocido en Sevilla un pordiosero que, tendido en el suelo, medía tres varas y dos tercios. Son muchos los hombres gigantescos que en su libro, *Historia del hombre*, menciona el Conde de Buffon. "Finalmente, apunta el señor Clemencín, en el Gabinete anatómico del Colegio de San Carlos se muestra el esqueleto de don Pedro Antonio Cano, natural de la parroquia de Santa María de Guadalupe, diócesis de Santa María de Bogotá, que murió el 17 de agosto de 1804: su edad 34 años, estatura ocho pies menos una pulgada" (*El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha...*, comentado por don Diego Clemencín, tomo IV, parte II, cap. 2, Madrid, 1835, p. 24).

Con respecto a este curioso dato, que debemos a la inagotable y proverbial curiosidad investigadora del señor Clemencín, alguno de nuestros muy eruditos historiadores eclesiásticos podría informar si en alguna ocasión, especialmente en la decimonona centuria, hubo en la entonces Arquidiócesis, que no Diócesis, de Bogotá, una parroquia llamada Santa María de Guadalupe, y si alguna vez nuestra Arquidiócesis, elevada a la categoría de Metropolitana, el 22 de marzo de 1564, fue conocida con el nombre de "Santa María de Bogotá".

12. Por allá en el año de 1920, Lugné Poe escenificó en el *Oeuvre* el drama semilírico y semirrabelesiano de un principiante, de nacionalidad belga, llamado Fernand Crommelynck. *Le coqu magnifique* era el título de tal drama. A Bogotá llegó la primera edición de esta obra cuatro años después y de su estreno y precedida de grande y bien merecida fama. Yo la leí entonces, luego la di en préstamo a alguien y jamás logré recuperarla, como es lo natural en estos casos. Pues bien, en este drama se hace una breve y lírica evocación de Colombia. Recuerdo que al comienzo de una de sus escenas, el estupendo cornudo, que a un mismo tiempo quiere y no quiere que su adorada mujer le adorne la cabeza con un magnífico par de cuernos, para inducirla a que le siga en este doble juego de ser o no ser cornudo —"that is the question"— le dirige una letanía de susurrantes invocaciones de amor, que comienza, si la memoria no me es infiel, más o menos así: "¡Oh Colombia, Colombia mi bienamada, siempre fragante a azahares, a naranjas y a su siempre bienaromado café!".

(Fernand Crommelynck, *Le cocu magnifique*, París, 1921).

13. Susana tiene 18 años. Vive en una inmensa casa de campo con su tutor. La casa se levanta al pie de la Montagne de Blond, ramificación del macizo central de los Cevennes, sobre una no muy extensa planada del Ródano. Sólo tiene tres amigas: una que muere pronto y núbil, otra que se casa y la tercera que cierto día anochece y no amanece. Susana, sola en el mundo, decide cruzar el Pacífico. Sobre la cubierta del barco había un asiento, el de Mademoiselle. Cerca al asiento de Mademoiselle había otro asiento vacío, abandonado por un enfermo, en el que se sentaban los pasajeros que gustaban cambiar de lugar y los desconocidos que de repente surgían en medio de la noche. Uno de esos pasajeros era Sofía Mayer, de Munich, que viajaba a Bogotá para reunirse allí con su novio, un inventor. Sofía la muniquense con novio bogotano, vestía siempre de azul. Azul era su pañuelo de seda atado al cuello o a la cabeza, azules eran sus medias de azul claro. Casi siempre invisible en la borda, estudiaba Sofía Meyer la gramática de los países por cuyas costas pasaba el barco, la gramática francesa la estudiaba hasta llegar a determinado pliegue del mar que la obligaba a tomar en sus manos la gramática española, para asegurarse, en caso de naufragio, de no incurrir en el menor solecismo al hablar con sus salvadores. A veces le sacudía un calofrío que misteriosamente tenía que corresponder a un estremecimiento inventivo de su novio bogotano". (Jean Giraudoux, *Suzanne et le Pacifique*, roman, París, Emile-Paul frères, editeurs, 1939, pág. 47).

14. Aunque usted no lo crea, en el siglo XIV vivía un historiador musulmán tan bien informado que hablaba con certeza desconcertante sobre los más diversos países, y Colombia era uno de estos. ¿No es un prodigio, algo inverosímil, que un historiador, musulmán, o no, hable ya de Colombia un siglo largo antes de ser descubierta América, dos siglos antes de ser hallado y conquistado el Nuevo Reino de Granada por Jiménez de Quesada y cuatro siglos antes de que Francisco Antonio Zea declarara, el 17 de diciembre de 1819, y en el Congreso de Angostura, que la República de Colombia quedaba constituida?

Tal cosa la asegura el inglés E. G. Browne en su *A Literary History of Persia* (vol. III, págs. 101-102). El nombre de tal historiador musulmán fue el de Abu Solimán Daud, oriundo de Banakat, en la Transoxania y poeta laureado del jan Ghazán. De él dice el preci-

tado historiador inglés: "Su información sobre los judíos, cristianos, indios, chinos y mongoles, aunque tomada en gran parte directamente y frecuentemente con las mismas palabras de la obra de su maestro Rashid-ad-Din Fadlallah al-Hamadaní, estuvo, ello no obstante, complementada sin duda alguna *por conocimientos que el autor obtuvo por vía oral de representantes de cada uno de esos pueblos*. En ninguna historia persa anterior al período mongol, y en épocas posteriores a ese período encontramos tantas referencias a lugares, personas y acontecimientos históricos que estaban más allá del alcance de la mayoría de los escritores musulmanes: lugares como Portugal, Polonia, Bohemia, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Cataluña, Lombardía, París y Colombia..." (Referencia original de Arnold J. Toynbee, *Estudio de la Historia*, vol. XIII, Buenos Aires, Emecé Editores, S. A. 1964, págs. 110-111).

15. En 1957, la Bibliothèque de la Pléiade (nrf) publica el tomo primero de las *Oeuvres* de Paul Valéry, para el cual, su hija, Madame Agatha Rouart-Valéry, escribió una introducción biográfica, que se inicia en 1793, año del nacimiento, en Génova, de uno de los tatarabuelos del autor de Monsieur Teste, y termina el 27 de julio de 1945, fecha de la inhumación de su cadáver en el Cementerio Marino de Sète. Al registrar el 9 de enero de 1941 y al referirse al "Discours sur Henri Bremond", pronunciado por su padre en la Academia al día siguiente de la muerte del ilustre abate, insigne historiador de las letras y de la vida interior, la prologuista reseña: "Peu connu alors en France (invadida entonces por los nazis), ce discours passe clandestinement a l'étranger où il est accueilli, en Angleterre surtout, comme un profession de foi et un acte de courage. A Bogotá où Louis Jouvét le lira un peu plus tard —en 1942—, la Salle entière, au théâtre, se lève pour l'écauter et l'acclamer". (Ob. cit., pág. 67). Yo recuerdo aún con emoción esa velada literaria que Jouvét presentó en el Colón, bajo la enseña de "La France poétique. - De Villon a nos jours".

Una de las actrices de Jouvét, que a la vez ejercía las funciones de modista de la Compañía, la inolvidable Wanda, así a secas, porque así se le mencionaba siempre en los repartos de las obras en que participaba, escribió un libro que intituló *Mon patron*, que era el nombre, entre afectuoso y respetuoso con que los de la Compañía, hombres y mujeres, lo designaban y llamaban. En este libro Wanda refiere las peripecias de la Compañía en su "tourné" por Suramérica.

De Bogotá recuerda varios episodios, pero el que más favorablemente le impresionó fue el acoso diario y nocturno de que fue objeto por parte de los distintos cogollos en que se dividía y subdividía entonces la alta sociedad bogotana y que se disputaban a la sazón el honor de verse "coiffées" por Wanda, cuya principal ocupación era la de realizar a diario prodigios de alta costura para vestir a las actrices en sus distintas actuaciones en las obras de autores clásicos y contemporáneos que integraban el repertorio. Particularmente enloqueció a nuestras antojadizas damas de las primeras filas de palcos y platea del Colón de entonces, un coquetísimo sombrero que Wanda había ideado para la muy agraciada Monique Mélinande, la primera actriz, a quien le correspondió la noche del estreno, en Bogotá, de la obra de Giraudoux, el papel de secretaria enamorada del *Apollón de Marsac*, ente mitad hombre y mitad mito, concebido por el inexhausto genio inventivo del entonces joven dramaturgo francés. Fue tan desmesurado el éxito que en esa noche, y en las sucesivas, alcanzó el sombrerito estilo Apolo de Marsac, que a los pocos días no había dama bogotana joven, adulta o proveya que no luciera en salones o por estas calles hoy tan calamitosas, el mitológico sombrerito del dios marsaciano.

Otra de las actrices de Jouvet —que más que como actriz se desempeñaba como recitadora inimitable de los poetas de Francia, antiguos y modernos, en los recitales poéticos que periódicamente organizaba Jouvet en el Colón—, fue la adorable y tumultuosa Catherine Moissan. Por su temperamento vivaz y comunicativo, esta se ganó el afecto y la admiración de la galana y galante cachaquería bogotana y extrabogotana de entonces —los ya remotos años 40—. Después de cada representación nocturna, casi al filo de la medianoche, el camerino de la Moissan, más que asediado veíase asaltado por una tumultuaria cohorte de admiradores, que circunspectamente al comienzo y vehementemente a la postre, pujaban por ganar el esquivo favor de tener a Catherine como invitada exclusiva. Eso sí, nunca aceptaba la menor invitación sin antes pedirle el ritual permiso a "mon patron". Este, que la mimaba como a la hija menor de la tropa, accedía, pero imponiéndole siempre esta condición o consejo premonitorio: "Desencadénate, pero no te encadenes!". Mas no son estas anodinas anécdotas las que aquí interesa, sino decir que Catherine Moissan —¡quién lo creyera!—, escribió también su libro sobre su gira artística por Colombia y otros países suramericanos, siem-

pre bajo la semipaternal y semitiránica tutela de "son patron Jouvét". No recuerdo ahora el título de ese su libro, que más que tal era un variopinto folletín, donde la desenfrenada imaginación de Catherine se desplegó a su antojo. Hablando de Bogotá, recuerda ella una anécdota que, en medio de tanto fabuloso desbordamiento, parece que tuvo, en la época a que ella se refiere, sus trazas o apariencias de verdad. Narra, en efecto, la Moissan que en la noche en que iniciaba su temporada Jouvét con la presentación de *L'Annonce faite à Marie*, de Paul Claudel, anunciada para las 9 de la noche, esta se vio sucesivamente aplazada para horas más tarde, puesto que el entonces presidente de la República, doctor Alfonso López Pumarejo, y su séquito de secretarios y edecanes no daban la menor señal de que se dispusieran a salvar la corta distancia que separaba entonces el palacio de la Carrera del Teatro de Colón. Jouvét, impaciente al fin, y con sobra de razón, resolvió y ordenó dar los tres bastonazos de rigor, que en la Comedia Francesa preceden ritualmente a la subida del Telón. Eran las diez y media de la noche y el público ya comenzaba a exteriorizar ruidosamente su justa impaciencia y excitación. Representado el primer acto, cuenta mademoiselle Moissan, llegaron a los camerinos de los artistas noticias confirmando los rumores que ya habían comenzado a circular antes del primer entreacto por pasillos y cafeterías del teatro. Según aquellas, el presidente López había podido asistir al estreno de la temporada, porque oportunamente fue avisado de que un alto oficial del ejército, el "Général Edouard Joli", se preparaba a dar en el palco presidencial del Colón un golpe de Estado, "amarrando" a Su Excelencia y asumiendo él el poder. Ya habrá supuesto el lector que el nombre del General, que Catherine galicó a su antojo, corresponde al del General Eduardo Bónitto, edecán o jefe de la casa militar, si si no recuerdo mal, de uno de los presidentes de Colombia en la década de los 40. Una hora después —continúa narrando la Moissan —cuando ya el drama de Claudel tocaba a su fin, a los entrebastidores, pasadizos y telares de tramoyas llegó la nueva del desenlace que acababa de tener el pintoresco entremés que no alcanzó a llevar a su culminación "mon Général Joli". El presidente López Pumarejo —al decir de Catherine— acababa de regresar a palacio, de donde horas antes se había retirado precavidamente, y regresaba precisamente en el momento exacto en que, en el escenario del Colón, Anne Vercors, el protagonista del drama de Claudel, recitaba, al retornar a su abandonada casa, el famoso monólogo del acto cuarto:

“—Salut, maison! C’est moi, Voici que le maitre revient. Salut, haute demeure!... Holá? Y a-t-il quelqu’un ici?” Dichas estas palabras de feliz retorno por Jouvét, que aquella noche encarnó a Anne Vercors, el telón de boca del Colón descendió durante unos instantes tan solo. Mientras tanto, en la casa presidencial de la Calle de la Carrera, el eco repetía y hacía resonar la desolada exclamación de Anne Vercors: “Holá? Y a-t-il quelqu’un ici?”. Como epílogo al variopinto relato de la alborotada y alborozada Catherine Moissan, cabe la anotación de que desde hace muchos años, y no sabemos por cuántos más, no son pocos los colombianos que continúan escuchando, como en un sueño de pesadilla, el eso de esa desoladora pregunta: “¡Ah de la casa!” ¿Hay alguien aquí?”.

Ambos libros aluden en gran parte a Colombia, a sus personajes, a sus gentes y a sus costumbres. Lamento no poder citar literalmente alusiones tales, pero ambos libros supongo han pasado a manos de Merlin, mi sabio y cleptobibliómano encantador. El de Wanda, repito, se intitula *Mon patron*, no recuerdo el nombre de la casa editorial que lo imprimió como tampoco el título ni el impresor del libro de Catherine Moissan, ambos vieron la luz en París, aproximadamente en el año de 1945. Los dos libros claros exponentes de dos modos diversos de narrar unos mismos sucesos, de acuerdo con los respectivos temperamentos y maneras peculiares de apreciar tales hechos desde su personal ángulo de enfoque.

Después de todo, confío que en estos casos la memoria no me haya traicionado y que lo aquí trasladado no difiera en mucho de sus originales, por lo menos en lo esencial.